

Compromiso del día 30

Leer y meditar el siguiente texto:

*Del libro “El secreto admirable del Santísimo Rosario”
de S. Luis M^a GRIGNION Montfort*

LA CORONA DE ROSAS

Cuentan las crónicas de San Francisco que un joven religioso tenía la laudable costumbre de rezar todos los días antes de la comida el Rosario de la Santísima Virgen. Cierta día, no se sabe por qué, faltó a ella. Cuando sonó la campana de la comida, rogó al superior le permitiera rezar la corona antes de sentarse a la mesa. Obtenido el permiso, se retiró a su celda. Pero, como tardase mucho en volver, el superior envió un religioso a llamarlo. Este lo encontró en su celda, iluminado de celestiales resplandores. La Santísima Virgen y dos ángeles estaban al lado de él. A cada Avemaría salía de la boca del religioso una bellísima rosa. Los ángeles recogían las rosas, una tras otra, y las colocaban sobre la cabeza de la Santísima Virgen que se mostraba evidentemente complacida de ello. Otros religiosos, enviados para saber la causa de la demora de sus compañeros, vieron el mismo prodigio. La Santísima Virgen no desapareció hasta que terminó el rezo de la corona. El Rosario es, pues, una gran corona –y el de cinco decenas una diadema o guirnalda– de rosas celestiales que se coloca en la cabeza de Jesús y de María. La rosa es la reina de las flores. El Rosario, a su vez, es la rosa y la primera de las devociones.

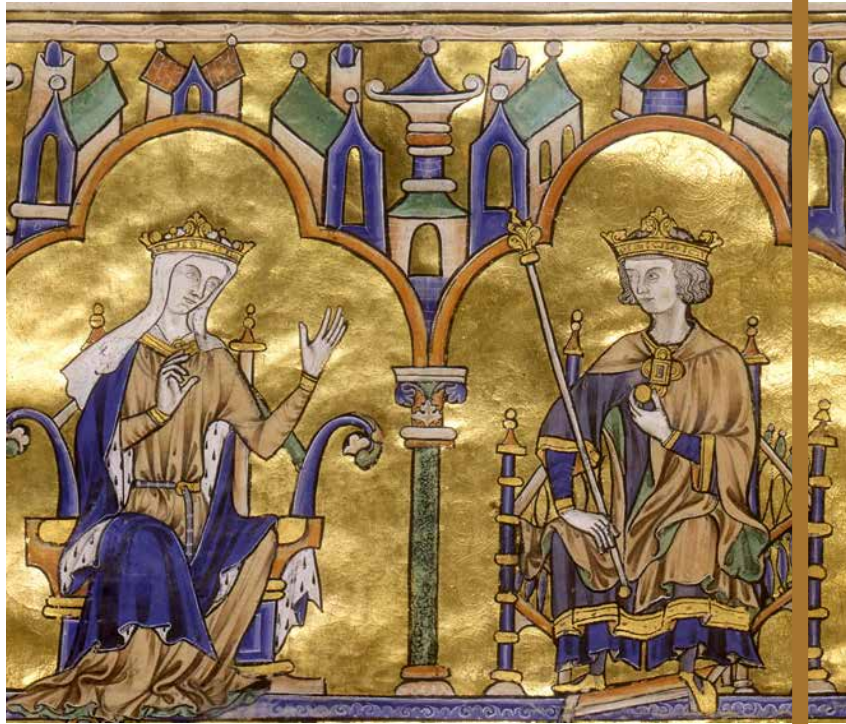
EL GLORIOSO ROSARIO

El P. Domingo, cartujo, devotísimo del Rosario, vio un día el cielo abierto y toda la corte celestial ordenada admirablemente. Oyó cantar el Rosario con arrobadora melodía, honrando en cada decena un misterio de la vida, pasión o gloria de Jesucristo y de la Santísima Virgen. Y advirtió que cuando los bienaventurados pronunciaban el santo nombre de María, hacían inclinación de cabeza y al nombre de Jesús, una genuflexión y daban gracias a Dios por los grandes beneficios concedidos al cielo y a la tierra mediante el Santo Rosario. Vio igualmente a la Santísima Virgen y a los santos que presentaban a Dios los Rosarios que los cofrades recitaban en la tierra, y que rogaban por cuantos practicaban esta devoción. Vio también innumerables coronas de bellísimas y perfumadas flores preparadas para aquellos que rezan devotamente el Rosario y que cuantas veces lo rezan, hacen una corona con la que serán adornados en el cielo. La visión de este devoto cartujo armoniza con la visión del discípulo amado, cuando vio una multitud incontable de ángeles y santos que alababan y bendecían a Jesucristo por cuanto hizo y sufrió en el mundo para salvarnos (Ap 5,9-11).



SANTA BLANCA DE CASTILLA

Fue Santo Domingo a visitar a Blanca, reina de Francia que después de doce años de casada no tenía hijos y estaba afligida sobremanera por ello. El Santo le aconsejó que rezara el Rosario todos los días para alcanzar del cielo la gracia de tener descendencia. Ella lo hizo, y su petición fue escuchada en el año de 1.213, en que nació su primogénito a quien llamó Felipe. Pero, antes de que el niño abandonara la cuna, la muerte lo arrebató. La piadosa reina acudió más que nunca a la Santísima Virgen. Hizo distribuir gran cantidad de rosarios en la corte y en varias ciudades del reino para que Dios le concediera una bendición completa. Lo que sucedió, ya que en el año 1.215 vino al mundo San Luis, gloria de Francia y modelo de reyes cristianos.



ALABANZA DEL AVE MARÍA

El Beato Alano de la Rupe se dirige así a la Santísima Virgen:

“Quien te ama oh excelsa María, escuche esto y llénesse de gozo:

El cielo exulta de dicha, la tierra, de admiración;
cuando digo: ¡Avemaría!

Mientras que el mundo se aterra, poseo el amor
de Dios: cuando digo: ¡Avemaría!

Mis temores se disipan, mis pasiones se apaciguan:
cuando digo: ¡Avemaría!

Mi devoción, se acrecienta, y alcanzo la
contrición: cuando digo: ¡Avemaría!

Se confirma mi esperanza, se acrecienta mi
consuelo: cuando digo: ¡Avemaría!

Salta de gozo mi espíritu, se disipa mi tristeza;
cuando digo: ¡Avemaría!

Porque la dulzura de esta suavísima salutación es tan grande que no hay términos adecuados para explicarla debidamente y, después de haber dicho de ella maravillas, resulta todavía tan escondida y profunda que es imposible descubrirla. Es corta en palabras, pero grande en misterios. Es más dulce que la miel y más preciosa que el oro. Hay que tenerla frecuentemente en el corazón para meditarla y en la boca para recitarla y repetirla devotamente”.



CONSEJO DE SAN LUIS M^a

¿Te debates en la miseria del pecado? - Invoca a la excelsa María y dile: “¡Ave!” Que quiere decir: ¡Te saludo con profundo respeto a ti que eres sin pecado, ni desgracia! Ella te librará de la desgracia de tus pecados.

¿Te envuelven las tinieblas de la ignorancia o del error? - Recurre a María y dile: “¡Ave María!” Es decir, iluminada con los rayos del sol de justicia. Ella te comunicará sus luces.

¿Caminas extraviado, fuera de la senda del Cielo? - Invoca a María, que quiere decir Estrella del mar y Estrella polar, que guía nuestro peregrinar por este mundo. Ella te conducirá al puerto de salvación.

¿Estás afligido? - Acude a María, que quiere decir mar amargo, pues fue llena de amarguras en este mundo y actualmente en el Cielo se ha convertido en mar de purísimas dulzuras. Ella convertirá tu tristeza en gozo y tus aflicciones en consuelo.

¿Has perdido la gracia? - Honra la abundancia de gracias de que Dios llenó a la Santísima Virgen y dile “*llena de gracia* y de todos los dones del Espíritu Santo”. Ella te dará sus

gracias.

¿Te sientes solo y abandonado de Dios? - Dirígete a María y dile “*el Señor es contigo*” más noble y está más íntimamente que en los justos y los santos, porque eres con Él una misma cosa, pues siendo Él tu Hijo, su carne es carne tuya. Y dado que eres su Madre, estás con el Señor en semejanza perfecta y mutua caridad.

Dile finalmente: “Toda la Santísima Trinidad está contigo, pues eres su precioso templo”. Ella te colocará bajo la protección y salvaguardia del Señor.

¿Te has convertido en objeto de la maldición divina? - Dile: “*bendita tu entre todas las mujeres*”. Te aclaman todas las naciones por tu pureza y fecundidad, tú cambiaste las maldiciones divinas en

bendición”. Ella te bendecirá.

¿Estás hambriento del pan de la gracia y del pan de la vida? - Acércate a quien llevó el pan vivo descendido del cielo. Dile “*bendito es el fruto de tu vientre*, el que concebiste sin detrimento de tu virginidad, que llevaste sin trabajo y diste a luz sin dolor. Bendito Jesús, que rescató al mundo esclavizado, curó al mundo enfermo, resucitó al hombre muerto, hizo volver al hombre desterrado, justificó al hombre criminal y salvó al hombre condenado”. Ciertamente tu alma será saciada del pan de la gracia en esta vida y de la vida eterna en la otra. Amén.

Concluye tu plegaria con la Iglesia y di: “*Santa María*; santa en cuerpo y alma, santa por tu singular y eterna abnegación en el servicio de Dios, santa en tu calidad de Madre de Dios que te dio una santidad eminente como convenía a esta infinita dignidad.

Madre de Dios y también Madre nuestra, Abogada y Mediadora nuestra, Tesorera y Dispensadora de las gracias de Dios: Alcánzanos pronto el perdón de nuestros pecados y la reconciliación con la divina Majestad.

Ruega por nosotros, pecadores: pues tienes tanta compasión de los miserables, que no desprecias ni rechazas a los pecadores, sin los cuales no serías la Madre del Salvador.

Ruega por nosotros *ahora*, durante el tiempo de nuestra vida corta, frágil y miserable. Ahora, porque sólo nos pertenece el momento presente. Ahora, cuando somos acometidos y estamos rodeados, noche y día, de poderosos y crueles enemigos.

En la hora de nuestra muerte, tan terrible y peligrosa, cuando se agoten nuestras fuerzas, cuando nuestro cuerpo y espíritu estarán abatidos por el dolor y el espanto. En la hora de nuestra muerte, cuando Satanás redoblará sus esfuerzos a fin de arruinarnos para siempre. En esa hora en que se decidirá nuestra suerte para toda una eternidad, dichosa o infeliz. Ven en ayuda de tus pobres hijos, Madre compasiva, abogada y refugio de los pecadores. Aleja de nosotros en la hora de la muerte a los demonios, enemigos y acusadores nuestros, cuyo horroroso aspecto nos espanta. Ven a iluminarnos en las tinieblas de nuestra muerte. Guíanos y acompáñanos ante el tribunal de nuestro Juez, que es Hijo tuyo. Intercede por nosotros para que nos perdone y reciba en el número de los elegidos en la mansión de la gloria eterna.

¡*Amén*, que así sea!”

¿Existe acaso oración más grata a Dios y a la Santísima Virgen y más fácil, dulce y saludable para los hombres? Llevémoslas continuamente en el corazón y en la boca para honrar a la Santísima Trinidad, a Jesucristo nuestro Salvador y a su Madre Santísima.